

El Pueblo; Fuente del Idioma

Escribe: OTTO MORALES BENITEZ

Para tomar posesión del sillón de Miembro Correspondiente de la Academia de la Lengua, debo pronunciar el discurso ritual. No he podido encontrarle un título, más ajustado a mi realidad individual, que el de "Palabras para excusarme de no ser un buen académico". Y con ello queda expresado mi reconocimiento, mi perplejidad ante el honor y mi compromiso en el futuro con este augusto recinto. Mis oyentes van a tener que perdonarme las referencias personales, las cuales son inevitables para indicar mis carencias.

Toda mi existencia la he desenvuelto cerca de las palabras. Mis primeros años los recuerdo en el coloquio de mi hogar, que era beligerante para afirmar, y benévolo y sonreído para juzgar y perdonar. Más tarde comprendí que estaba rodeado de periódicos y revistas, que leía mi padre en voz alta, y de novelas de amor, que había heredado mi madre de su casa solariega. Y en la medida en que fui compartiendo las aventuras vitales de mis paisanos, asistí a los mayores bullicios, con expresiones colectivas de júbilo, con diálogos casi teatrales, con estrepitosos vocablos lanzados al viento, que restallaban en el aire. Y lo esencial de nuestra vida provinciana, eran las fiestas del carnaval. Entonces, uno se sumergía, quisiéralo o no, entre los cantos populares. Estos, los habían urdido, entre fantasías y sueños comunes, hombres del pueblo, sin muchas letras, poco eruditos en los recursos retóricos. Pero que tenían una predisposición natural para ordenar el mundo —su mundo— en salerosos adjetivos. Todo ello

iba entrelazado con su perspicacia para destacar o criticar situaciones con decires ingeniosos. Que después todos continuábamos repitiendo, porque era una especie de mandato del pueblo.

Desde los primeros años del bachillerato, me incorporé a la lucha abierta. Eramos adolescentes intrépidos, que creíamos que el universo nos pertenecía, sin límites. Nunca pensamos que el egoísmo humano; el deseo de posesión de las cosas y de los honores; que el afán de acaparamiento; que la falta de escuchar en quienes tienen poder, pudiera conducir a tantas y reiteradas crueldades. Y para combatir, desembocamos en los semanarios comarcanos. Era una manera de organizar palabras, de buscarlas, de encontrar sinónimos, de volver sobre ellas, para decir nuestras esperanzas, que ya se inclinaban por cierto, hacia un destino social.

Y quedamos unidos a la vida periodística, para siempre. Después, en los suplementos, fuimos avanzando hacia el ensayo literario, hacia la crítica, hacia el examen de la realidad humana que nos circundaba. Las palabras, otra vez, nos obligaban a organizar nuestro mundo interior.

Con el transcurso de los años, llegamos a publicar varios y disímiles libros. Algunos se han trabajado como todo un conjunto orgánico en las materias y en el manejo del lenguaje. A éste, le hemos solicitado su concurso de magia. Su conjuro para la creación. Otros son apenas recolección de artículos de prensa. Y este recuento lo he intentado, sólo para decir que no recuerdo un solo momento de mi vida en que no haya estado detrás de la complejidad del idioma. Tratando de aprisionar su sentido, para poder verter mis preocupaciones. O desentrañando, como lector, el de quienes ya tienen un sello de creadores. Y todo ello, lo uno y lo otro, me ha dado alegrías sin cuento; alborozadas horas de sumergimiento total en una atmósfera de insólitos resplandores. Es como un renacer cada vez que encontramos una palabra, que nos despierta extrañas resonancias en el interior de nuestro mundo espiritual.

Eduardo Santos: un hombre excepcional

Esa atadura con los periódicos, implicaba el que buscáramos símbolos entre ellos. Uno fue el doctor Eduardo Santos, porque señalaba rutas, invariablemente, de servicio a la patria. El, con

una obra de influencia innegable sobre el espíritu y mentalidad colombianos; con una trayectoria que le autorizaba gobernar sobre la inteligencia nacional, con una cultura que se hacía evidente en las páginas que diariamente le leíamos y en la actitud de permanente guión espiritual, declaraba su confusión al llegar a esta Academia. Él afirmaba que se hizo “este vuestro nuevo colega un escritor y un orador, no fue en los campos del humanismo auténtico, en donde se destacaron airoosamente mis predecesores en esta silla; no fue en el culto reverente y cuidadoso de las bellas letras, sino en el afanoso bregar del periodismo y de la tribuna parlamentaria y política”. Y agregaba al no explicarse el hecho cuando lo que había escrito estaba en “desaliñado estilo, porque sabía que no se aprende a dominarlo sobre las precipitadas cuartillas del periodismo”.

Si esto decía un hombre de su calidad y de su estirpe, si esto predicaba de sí un valor esencial en el desenvolvimiento del pensamiento colombiano; si esto se atrevía a balbucir quien era reconocido como maestro en varias lenguas y experimentado lector de voracidad insaciable frente a diversas manifestaciones culturales, ¿cómo será, entonces, mi asombro y mi tormento en estas horas de exaltación ilímite?

Yo la he aceptado con humildad, pues creo que a vosotros os ha guiado la advertencia sagaz de que “la vida que se riega, da más vida” y quizás parte esencial de ella, en el milagro de la sentencia, estimule mis anhelos de creación.

El doctor Santos dejó muchas enseñanzas que justificaban su presencia aquí, que le daban derecho a permanecer en este recinto. Él, hizo de la imprenta un instrumento de servicio público, y frente al idioma, fue un celoso guardián de sus más altos dones. Algunos le han acusado de afrancesado, pensando en que parte de su formación transcurrió en el país galo y fue acunado en la lectura de sus escritores. Pero nada más lejos de ser una verdad indiscutible. Su prosa tiene una severidad ejemplar, ceñida a las grandes reglas gramaticales de nuestro idioma. Este lo empleaba siempre, ceñido al rigor de los buenos dones de la herencia hispánica. Si aparecían vocablos de estirpe latinoamericana, era porque la raíz nadie la podía desconocer o ya estaban en el proceso de incorporación al caudal maternal. Su estilo es de una diafanidad que sólo adquiere brillo en el propio fulgor que tenían las palabras que él utilizaba. No derivaba de socaliña re-

tórica, ni de una predisposición al abuso de las imágenes. El, estaba en el quicio donde no se permite el artificio, pues cierta serena severidad lo inspiraba. Y la ecuanimidad de sus juicios, le imponía el corte discreto, el no abusar de una barroca indulgencia en el uso de las imágenes. Su obra de periodista, le permitió ser un forjador de la buena calidad de la patria. El escribía con dignidad, como lo demanda la custodia del destino de la república. Sin que esto implicara claudicaciones, o silencios sospechosos de cobardía, o simples esguinces a la dura realidad que golpeaba en un momento histórico el destino nacional. No hay que olvidar que a él le tocó ser portavoz, durante más de diecinueve años de un partido vencido, separado del gobierno, y donde la hispidez de la lucha tenía síntomas recurrentes de la ardentía del siglo pasado.

Tuvo un signo en su vida: la generosidad. La ejerció en muchas direcciones. Hoy nos interesa la que se refiere a los afanes intelectuales. No hubo, por cierto, escritor que tuviese algo que decir en favor de Colombia, en cualquiera de sus aspectos positivos, que no hubiera recibido su acogida y su estímulo. No importaba su procedencia política.

Siempre proclamó que se debía rechazar “el arcaísmo de invención presuntuosa”. Y decía con énfasis pedagógico: “Tal como en las corrientes de las explotaciones mineras se asienta el oro, debido a su propia densidad, mientras el agua arrastra las materias pobres, en la literatura sólo la prosa sencilla, clara, diáfana, perdura a través de los tiempos”. Y todo esto se logra apelando a la “íntima armonía de las palabras”.

El intelectual y lo colectivo

Durante mucho tiempo se pensó que el humanista, el intelectual, el escritor, el periodista —que entre todos hay diferencias esenciales— eran seres aislados, que excepcionalmente tenían roces con el resto de la comunidad. Se les creó artificialmente la torre de marfil. Se fue ideando la premisa de que su oficio, su tarea, su faena de años o de urgencias inmediatas, era extraña, inaccesible, y no tenía ni remotos parentescos con los demás trabajos del hombre. Se le rodeó de una atmósfera sutilmente bohemia. Y en su nombre se justificaban pasiones, rencores, desvíos e, inclusive, inactividad en la función creadora. Todo ello obedecía a la creencia de que la inteligencia era un privilegio y, el

acercarse a los problemas, una aventura remota para ciertas gentes signadas ya por la condena al ostracismo mental. Y así era por los dones que se acumulaban para una clase que iba acaparando las oportunidades de la inteligencia y, tajantemente, le cercenaban toda posibilidad de cercanía a quienes tenían desniveles económicos, de raza, de religión, o de actitudes políticas. Y así fue, no sólo en nuestra patria, sino en el universo.

De pronto, alguien proclamó, con rebeldía, que no era cierto que hubiese ese signo excluyente en el mundo. Cuando unos democráticos reclamos iniciaron carrera, se fueron rectificando posturas, actitudes, resabios seculares. Y alguien advirtió que “el talento, lejos de ser un fenómeno individual, es un fenómeno social”. Y agregaba: “en un hombre se condensa un momento de las colectividades”.

La generación anterior a la del doctor Santos y la suya estuvieron muy cerca de estas premisas, que les daba oportunidad de orientar una conducta acerca de nuestro continente. A ellos les tocó continuar la obra de organizar nuestras nacionalidades, de darles sus perfiles actuales, de acentuarles sus individualidades. Pero con un criterio esencialmente continental. Quizás las luchas políticas, que eran tan insólitamente crueles, les dio alcance de solidaridad para poder defenderse amparándose los unos a los otros, confiando en que la mano amiga se extendía pródiga en el país vecino. Por ello hubo tanto destierro para los escritores y periodistas, que imponían los gobiernos que no toleraban el análisis de sus hechos. Así se forjaron generaciones idealistas, donde no eran indiferentes las angustias de su país unidas a su propia experiencia humana. Tenían un concepto de cooperación latinoamericana, que mirada con la perspectiva del análisis histórico, impresiona por su fuerza aglutinante. En ese momento se hablaba, como ritual de elemental acento humanístico, de la patria americana.

Esas dos generaciones tuvieron que librar agresivas batallas con fe en la defensa de la nacionalidad. Querían que los caracteres que las perfilaban; que los atributos que les permitían sobresalir con su propia identidad, no se opacaran ante el rutilante poder imperial. Ellos fueron obcecados en ese combate. Impusieron unas tesis de ardiente nacionalismo. El criterio de patria lo vemos insurgir en cada uno de sus mensajes. A veces, al juzgarlos, los encontramos deliberadamente “patrioteros” dándole a esta pala-

bra una significación peyorativa. Pero mirando hoy en proyección hacia el futuro, era que veían venir el zarpazo imperialista y ellos proclamaban su resistencia.

A mi generación la asediaron, con mayor fuerza, los cercos políticos y económicos. Nos hallamos sorprendidos, ante las débiles resistencias que el hombre puede oponer al avance de los poderes extremistas; los de la izquierda o los de la derecha o el desplazarse sordo, sin identificación ideológica, de la voracidad económica. Además, se encontró ella con un desdén por nuestra propia suerte. Imperialistas y humanistas sin arraigo en la tierra materna, coincidían en crear un desprecio sobre nuestro propio destino. Y condenaban a este trópico latinoamericano a la barbarie y al sometimiento. Los primeros lo hacían conscientes y deliberadamente... Estaban librando su batalla económica. Algunos que reclamaban el título de humanistas, lo hacían por su posición ante el mundo: su gran desprecio a toda fuente insurgente que emanara del pueblo. Servían al mismo propósito invasor porque confiaban en enunciados reaccionarios que no le daban a éste ninguna oportunidad de determinar su destino. O ayudar a conformarlo. Por lo tanto, nuestro grupo surgió en beligerancia contra los extremismos y contra quienes repudiaban nuestro medio. De allí que nuestra posición haya sido más crítica. Además sus escritores, investigadores, historiadores, su gente que ejerce en cualquiera de los medios de la cultura, ha tratado de reflejar su mundo, de interpretarlo, de desentrañarle su fuerza, su oculto poder. De identificarlo. Como es elemental apareció parte como denuncia. Y muchos se sintieron intranquilos. Era mejor un silencio piadoso sobre nuestras dolamas; un olvidarse de algo tan inquietante; un cubrir con un velo de pudor la realidad que estaba allí sangrante, especialmente en cuanto a los desniveles sociales y económicos. Pero no era posible, porque nuestro signo era crítico, de análisis, de expurgar una realidad conmovedora. Y así fue apareciendo en el ensayo, en la novela, en el cuento, en el análisis político. Y se ha insistido tanto en ello, con la generación inmediatamente anterior, que ya hay una atención sobre este continente que se manifiesta, básicamente, en el estudio de la novela y la pintura. Pero que ya es actuar sobre una realidad. La latinoamericana, sin dudas.

Nos ha tocado, además, estar muy alertas para no recaer en el apasionado vicio de la intransigencia. Hubo mucho tajante

enunciado. Se nos trató de conducir con supersticiones que reiteradamente se presentaban como la verdad indiscutible. De pronto, todo el sistema educativo quiso ser dogmatizante. El fanático afán intelectual y político, quería supervivir sobre todos los silencios. Casi como rito y enseña religiosa, se señaló la manera como se debía vivir y pensar. Contra todo esto lucharon la generación de Santos y las sucesivas. A la nuestra le ha correspondido estar alerta, con los oídos muy puestos en la tierra de los antepasados, para que no nos sacrifique el imperio de postulados que se quieren acuñar como irrefutables. Por ello somos denodadamente antidogmáticos. Y ese es nuestro signo. Y para rechazar esa actitud, también se ha hecho advertencia en cierto encogimiento de hombros, en gesto de desdén, frente al idioma. ¿Será cierto totalmente? Parece que no, pues lo que se ha logrado es que muchos creadores revivan lenguajes perdidos en la selva, o que coinciden con lo que se llama el realismo mágico en nuestro continente, o lo que expresa ese pueblo perdido, anónimo, sin audiencia en nuestros países, sin presencia ni política, ni cultural, ni económica. Pero que tiene sus propias reglas verbales, sus locuciones y sus símbolos. Y ese aporte quizás, en el tiempo, ayude a renovar la fuente inagotable de nuestro idioma.

Nacimiento del español

Y espero no estar diciendo una demasía contra nuestra lengua. No hay que olvidar que nuestro origen latino, nos indica que de allí se desprendieron el italiano, el francés, el provenzal, el catalán, el español, el portugués, el reto-románico, el rumano, etc. Y todo ello fue producto de la disolución de un imperio. De suerte que lo político, lo popular, la base de lo que quería y cómo lo quería decir el pueblo, fue imponiendo las diferentes lenguas. Y dentro de éstas, los dialectos cumplen su tarea de derivar de aquéllas, sin tener ni su fuerza, ni sus reglas, ni su importancia.

El español lo estamos hablando con algunas diferencias entre el original y el actual. Los cambios son muy sensibles. Un erudito podría intentar las comparaciones y las encontraría en abundancia. Y el mismo espacio, también introduce cambios. No es lo mismo de una provincia española a otra. Y en nuestro continente hay toda una serie de vocablos que, siendo idénticos, tienen significados diferentes y hasta alcances muy peculiares, que,

en las ocasiones sociales de diálogo, producen confusiones. Pero lo que se busca es que un tronco común nos una. Que de allí deriven unas reglas para mantener nuestra riqueza idiomática y la pureza que se demanda a quien lo habla o lo escriba.

Defensa de lo americano

El caudal se va enriqueciendo en la medida en que avanza el río de las palabras. A él van desembocando las que aún no se aceptan o muchas de las que han perdido, con el tiempo, jerarquía, porque ha disminuído su uso.

Quienes estamos en este continente tenemos que volver a plantear el tema. Ya lo hicieron los grandes maestros; Bello en su "Gramática de la lengua castellana, destinada al uso de los americanos"; o el lingüista Ezequiel Uricoechea, o el maestro Rufino José Cuervo, o el docto escritor Salvador Camacho Roldán, para citar apenas unos epígonos. Rafael Uribe Uribe, en su "Diccionario Abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje, con trescientas notas explicativas", resumía el problema diciendo: "El estudio y consideración de los americanismos sugiere tres preguntas, que en el fondo son una misma y que necesariamente han de quedar contestadas en este Prólogo".

"1ª ¿Tienen derecho los americanismos a ser admitidos en el Diccionario de la lengua o deben ser proscriptos y extirpados?"

"2ª ¿La lengua castellana está hoy en América en situación análoga a la del latín cuando empezaron a formarse los idiomas romances, o de otro modo: en las naciones hispanoamericanas están formándose dialectos actualmente, y se debe fomentar como útil esa formación, u oponerse a ella como inconveniente?"

"3ª ¿Deben las naciones hispano-americanas reconocer y acatar la supremacía literaria de la Academia Española?"

Y el tema cada vez tiene caracteres más inquietantes. Ya hice referencia a cómo mi generación ha contribuído a introducir muchos vocablos a la corriente literaria en América Latina. Leyendo escritores que en sus países son calificados como respetables en su manejo idiomático, especialmente en la reproducción de diálogos y designación de árboles, objetos y leyendas míticas, hay una serie de americanismos que requieren explicaciones de su significado, contenidos en diccionarios complementarios, en los textos en que aparecen. De suerte que el tema en lugar de dis-

minuir en importancia, adquiere, cada día, dimensiones más impresionantes en la medida como la difusión editorial se amplía.

El mestizaje y el idioma

Nuestra misma integración racial, en Latinoamérica, nos ha traído una influencia de giros, expresiones, y abundancia de léxico, que nos va dando una identidad en el lenguaje. Al unirnos biológicamente, nos fuimos entremezclando culturalmente. Y era ineludible que todo ello contribuyera a formar el nudo idiomático que tratamos de desatar con rigores en la investigación lingüística. Y mi generación ha contribuido a ir desenterrando parte de ese tesoro oculto del habla del pueblo. Ya nadie puede desconocerlo. Las dos tesis aquí enunciadas, tienen confirmación en las palabras recientes, de 1978, de Luis Beltrán Guerrero cuando decía que el español “es lengua oceánica en que desembocan Amazonas y Orinocos, torrenteras de indigenismo, raudales de africanismos, gran mestiza que no desdeña el transplante de ninguna corriente étnica, lengua española-americana...” Y más adelante sitúa el tema con elocuente rigor: “La virtud en el medio. Ni despotismos ni olocracia. Ni la cerrazón antigua ni la manga ancha que deje entrar al Caballo de Troya. Reflexionemos sobre el tesoro heredado, ni enterrado ni disminuído en el Nuevo Mundo, sino acrecido y enaltecido. Bello y Darío, Sarmiento y Montalvo, Martí y Hostos, Palma y Rodó, Reyes y Vasconcelos, Varona y Díaz Rodríguez, Gabriela Mistral y Neruda, Cuervo y Pedro Henríquez Ureña, Lugones y Valencia, Gallegos y García Márquez, Borges, Vargas Llosa, Fuentes, Carpentier, todos han contribuido en esta vasta región cisatlántica a multiplicar y dignificar la herencia. El pueblo es siempre el soberano. Pero quienes dictan sus decretos y administran su caudal son los artistas de la palabra, los que jerarquizan estéticamente el habla. Los cuerpos doctos apartan la cizaña estéril y esterilizadora. El pueblo, cantera inagotable, maravillosa, fecunda”.

Este fenómeno de integración de tantas procedencias lingüísticas, es una consecuencia natural de lo que han llamado los especialistas las lenguas imperiales. Vuelve la política aquí a hacer su presencia. Las conquistas, los sometimientos bélicos, las invasiones, las dominaciones económicas o ideológicas, etc., todas contribuyen a que desaparezcan lenguas o se tengan que reducir en su alcance e importancia. El papel económico en la formación

de ellas, tiene una jerarquía, también, de avasallamiento. En nuestro continente lo hemos vivido, padecido y, finalmente, levantado en júbilo en reconocimiento a la lengua maternal española.

Una sociedad en cambio

El idioma no está en su torre inexpugnable. Al contrario, anda disperso entre las gentes más disímiles, por los caminos menos imaginables, confundido con los más extraños oficios, diciendo voces para el amor y la creación, y otras para la destrucción y la muerte. Por eso es una materia viviente. En esta civilización cibernética —y perdón por usar una palabra que viene de la más acendrada técnica contemporánea— los asedios contra el español, son innumerables. Apenas señalaremos algunos.

Volviendo al periodismo, que ha sido guía en estas cuartillas, podemos afirmar que, en cada mañana, hay vocablos que no se los han imaginado ni los gramáticos, ni los lingüistas, ni los especialistas en toda la gama de las ciencias del idioma: desde la filología a la ortología.

La conservación del idioma siempre ha sido tarea exigente, de tener alerta los ojos y los oídos para corregir y devolver al cauce primigenio. Nunca podrá ser algo diferente a una paciente vigilancia.

Pero ahora el insurgir de las ideas, de la tecnología, la internacionalización de los sistemas de trabajo, la multiplicidad de carreras profesionales que se estudian o sobre las cuales se toman cursos de especialización en otros idiomas, la creciente marejada humana que invade las ciudades, y aquí un etcétera multiplicado al infinito, convierte ese oficio en una verdadera guerra en favor de la lengua. Antes ésta la custodiaban en el campo, estaba resguardada en las áreas rurales —donde se conservaba en su prístina pureza, en muchas ocasiones— y los campesinos decían sus palabras con toda la unciosa jerarquía de los clásicos. No lo hacían deliberadamente. Era algo que les había llegado en el torrente de la experiencia vital. Y que empleaban con la solemne dignidad de su simplicidad cultural.

Pero hoy no sucede ese fenómeno. Esos hombres del campo, están torpeados de expresiones, giros, palabras, modulaciones y arcaísmos, galicismos y todos los barbarismos inimaginables, des-

de la más temprana hora hasta cuando el sol se inclina y se principia a proyectar la noche. La radio, la televisión, el afán de una sociedad de consumo de imponer costumbres y demandas económicas, van pervirtiendo ese tesoro escondido que teníamos en nuestras veredas.

Los profesionales de las ciencias sociales, por ejemplo, cuyos más eruditos expertos se han formado en países que no tienen nuestro mismo idioma, invaden de términos inconcebibles el lenguaje normal de relación económica y política. Pero aún más: muchos de esos profesionales colombianos, han estudiado su carrera fuera del país, sin haber conocido, en detalle, siquiera las reglas básicas de nuestra lengua. Es parte de la educación que se otorga por el estado o la que se recibe en colegios de cierta predisposición por lenguas maternas del origen de ellos. Entonces, es apenas natural que tengamos que afrontar una desviación del idioma.

Los grandes juristas del país, para hablar de otro tema que tiene concomitancias con mi vida, hacían alarde del buen uso del idioma. Eran verdaderos maestros. Quedan libros que se pueden leer, sin tener interés en la materia de derecho o de la hacienda pública, como manuales de la sabiduría en los intrincados vericuetos del léxico. Qué elegancia en los vocablos; qué donaire en los giros; qué riqueza en las sinonimias; qué buena solera donde cultivaban sus esparcimientos gramaticales. Ahora con la invasión de las nuevas técnicas, que exigen personal identificado con materias de rebuscada finalidad para cumplir sus deberes el estado, se ve su influencia y, su desmayada y barbarizada composición de decretos, disposiciones, leyes e interpretaciones.

Las siglas

Pero apenas estamos abordando las dificultades. Es un atisbo y un retiro inmediato. Podríamos prolongar la enumeración de acechanzas que se ciernen sobre el idioma. Y en una sesión sólo dedicada a ellas, no alcanzaría a hacerse una enumeración exhaustiva.

Ahora el hombre de la calle, al leer el periódico, al sintonizar la radio o la televisión, encuentra una dificultad mayor. Se ve sorprendido, casi asaltado en la mitad de su discurrir entre palabras conocidas, cuando aparece una sigla. He tenido oportuni-

dad de ver diccionarios de éstas, sólo las que corresponden al mundo de un tipo de economía, la capitalista, que tiene un tamaño y dimensión tan respetable como el de nuestra Academia española. Y se van introduciendo, amagando hacer parte de la vegetación natural del léxico.

Don Dámaso Alonso, quien fue Presidente de la Academia Española de la Lengua, escribió en 1948, "La Invasión de las Siglas", dedicado a la memoria de Pedro Salinas, quien hablaba del "siglo de las siglas" y burla burlando, el Maestro del Idioma nos indica que no tenemos ya salvación sino en la muerte.

El hombre es el lenguaje

Muchas personas critican la labor de las Academias. Les parece inútil que unos hombres, sorprendentemente eruditos, apasionados por su trabajo; solícitos en el examen de consonantes, sílabas, conjunciones y gramatiquerías, se impongan oficios silenciosos —de atalayas del idioma— para deleite de unos cuantos. Eso es lo que piensan. Pero no se detienen a examinar qué valor alcanzan las palabras, en la formación de la individualidad. Claro que son temas para especialistas y todos andamos muy urgidos por otras poquedades, que atenazan nuestras vidas. Pero en lugar de censurar deberíamos levantar nuestro agradecimiento por esa vigilancia. El idioma nos da identidad ante un amplio conglomerado humano; nos señala la conducta para juzgar, valorar, interpretar y nos da una calidad.

Esto no implica que no deba existir renovación en el idioma. Sería un criterio estrecho, que está, además, en contradicción con ese constante fluir de que aquí hemos hablado. Que se hace evidente en las mutaciones que ha sufrido a través de los siglos y de los hechos históricos. De una etapa a otra en la manera de escribirlo, de pronunciarlo, de utilizarlo, ha tenido sus profundos cambios. Como ya lo vimos los "americanismos" tienen su prosapia y, lentamente, van ayudando a conformar la corriente dinámica del lenguaje. Alejo Carpentier nos contaba que "Charles Péguy se jactó, en cierta ocasión, de no haber leído jamás a un autor que no fuese francés. Podía decirlo Charles Péguy: la literatura francesa basta para alimentar con una aportación de siglos, a quien quiera permanecer en su órbita sin salir de ella. Pero la posición del hombre latinoamericano le veda semejante exclusivismo intelectual. Habla un castellano nacido en una Cas-

tilla cuya hegemonía cultural se ha terminado hace siglos, especie de lenguaje arameo que le permite pasearse por su continente, cruzándose veinte fronteras, expresándose en un esperanto, un volapuk, que sólo difiere, de país a país, por una cuestión de acento o la imposibilidad de hablar de **conchas** en ciertos lugares, de **coger** un poco más allá, o de referirse a **reatas** en esta u otra ciudad. Y aunque la afirmación pueda parecer osada, el latinoamericano habla, por lo general, un castellano mejor que el que se habla en España. Cierta pureza de forma se ha conservado en el continente —en el Perú, en Colombia, en Costa Rica, en Chile— por la misma ley que preserva, en el Canadá, determinadas expresiones añejas, pascalianas del idioma francés del siglo XVII o, en Haití, exquisitos giros franceses del XVIII. La mayoría de los vocablos que consideramos como **localismos** son, en realidad, palabras de muy buen castellano, conservadas y usadas muy cabalmente por nuestras gentes. El **salcocho** o **sancocho** de Cuba y de Venezuela se remonta al medioevo español. El **gafo** venezolano figura en el **Cantar de las Mocedades del Cid**, así como el **perol** tenido por tan típicamente venezolano, aparece en una novela de Castillo Solórzano. El hecho de **estar bravo** está definido por autoridades españolas de los primeros años del siglo XVII. El **juraco** es palabra tradicional y castiza, y en cuanto al **flux**, para designar un traje enterizo en el color, es simple trasposición metafórica de una voz lúdica usada por Cervantes. Quien relea la **Picaresca española** hallará todas estas palabras colocadas en su buen sitio. Por lo demás, ningún acento latinoamericano es tan marcado, en cuanto al habla castellana, como el rocalloso acento gallego, el engolado acento catalán, el zarzuelero acento andaluz”.

El mundo sin sentido

La palabra es la que nos enseña la medida de todas las cosas de la vida. Con sólo subrayar un acento, con alargar unas sílabas, con imponer determinado ritmo a las frases, conseguimos efectos duraderos en el alma de los oyentes. Además ella es límite, pues nos indica qué podemos decir y dónde debemos detener el ímpetu del vocabulario. Es sabia para alcanzar la sutileza de poder expresar aquello que se considere como imposible de enunciar entre gentes de diversa índole y condición. Con ella se puede llegar a la argucia de sugerir más de lo que, realmente, queremos que se entienda. Lo que va entre líneas, nos da firmeza

para dejar flotando un mundo alado de sueños, esperanzas o suspicacias. La frase adquiere su agudeza según la medida que imponamos al ritmo de los vocablos entrelazados. Toda una situación puede arreglarse o agriarse, según la perspicacia para dosificar los elementos verbales. El ingenio consiste en adiestrar los vocablos a ciertos efectos fonéticos, caricaturescos, de solemnidad que se inclina hacia el ridículo, de orfandad de ayuda para que resplandezca lo que queremos disminuir. Lo que no se puede decir con palabras está indeciso, confuso, perdido para el entendimiento del hombre. Todas las artes necesitan el apoyo de aquéllas. Estas las interpretan, las proyectan, les dan valor en el juicio de la colectividad. De resto quedan mudas, estáticas, sin proyecciones hacia el universo. Con ellas se ha llegado a la conversación, que es el verdadero contacto humano. Pueden ser muy pocas las que se pronuncian entre los seres, pero son las que inevitablemente están anudando las perspectivas del amor, de los negocios, de la política.

Ya al escribir, lo que se busca es que perdure ese contacto, que se prolongue en el tiempo. Quizás en algunos escritores no sea más que una extrema vanidad: el deseo de supervivencia hacia miles de años. Ninguno de los hechizos de la humanidad puede ser conservado si no aceptamos que las palabras tienen su propio e intrínseco poder.

Fuera del lugar en que deseamos utilizarlas, tienen su estructura, existen por sí mismas. Por eso es tan difícil su manejo. Y ejercen su poder de venganza, en el diálogo o en la escritura, cuando no las dominamos en toda su abundancia o en su estricta sencillez. Eso es lo que algunos han llamado su hechizo. El conocerlas ensancha la perspectiva del ser. Con la palabra se ha hecho la cadena de la solidaridad humana.

El hombre, desde el más remoto tiempo, lo único que ha tratado de hacer es escribir. Lo ha intentado en las cuevas, en las rocas, en las piedras, en las pieles, en el papiro, en el papel de imprenta. Igualmente los investigadores cuando no han encontrado rasgos de escritura, o no han podido interpretarla, han declarado a las civilizaciones como inexistentes, enigmáticas, en período de observación crítica. Porque sin ella no se localizan los elementos de la cultura. Porque ésta es búsqueda de una identidad en el mundo y los vocablos la reflejan y la hacen estable, que permanezca, que se expanda y cumpla su ciclo de proyección

sobre las otras. Y si se hace poesía, estamos asistiendo a algo más grandioso, porque el lenguaje adquiere dimensiones extrañas. Hay un rito y una magia, que no se ha podido explicar ni siquiera con la sabiduría de las palabras.

Estas al escribirlas —en prosa o en verso— adquieren una extraña existencia. Dentro de un texto tienen su valor esencial, que es de donde dimana la calificación de calidades entre los escritores. Es el manejo de la palabra el que le señala su sitio al prosista o al poeta. Y cada vocablo escrito, al caer bajo la mirada del lector, cobra una vida singular, diferente a la que tiene aislado, allí quieto en el estante de las opciones de quien lo va a emplear. Se ha dicho que con la lectura y la escritura, se alcanza la liberación. El lector porque carga, con su personal visión del mundo y de su cultura, cada expresión de otras resonancias, diversas asociaciones, apasionadas o frías especulaciones, estremecidas o rígidas interpretaciones.

Lo humano es lo esencial

Todo este esfuerzo por conservar el idioma, por darle perennidad, porque permanezca y se proyecte hacia nuevas zonas culturales e históricas, no tiene sino una justificación: de que él le sirva al hombre.

Lo humano, pues, como siempre, es lo esencial. ¿Qué son las letras, las consonantes, las sílabas, las palabras, las frases, si no están al servicio de la exaltación de los altos valores de la humanidad? El ser ciudadano es tener un alfabeto para emplearlo en formas de expresar las manifestaciones de una cultura, la que le corresponda a uno según el espacio y tiempo que le haya tocado vivir, de acuerdo con las influencias de lo histórico, de lo económico, inclusive de lo que transitoriamente roza nuestro sitio en el mundo.

Cada vez nos tocará recordar a los escritores, artistas, creadores, científicos y estadistas, que lo esencial es el hombre. Que estamos para ser solidarios con su destino. Sólo la palabra podrá salvarlo. Porque ella lo exalta, lo enriquece, le permite caminar por lo fantástico, iluminarse interiormente con la poesía, recrear la naturaleza desde la semilla hasta el árbol que lo custodia con su sombra, su fruto y su aroma. Y que la palabra se ha hecho para que la solidaridad renazca en cada amanecer.

Avance hacia la perplejidad

Mientras más avanzo sobre los temas del idioma, más confundido me encuentro de estar recibiendo este honor y saber que puedo permanecer entre vosotros. No soy experto, ni especialista, ni erudito en las materias que aquí nos congregan. Lo único que he realizado a través de mi vida, es tratar de reflejar mi visión del mundo. Y ayudar a construir otro más justo a tantos seres indefensos que he visto caminar por pueblos y veredas colombianas. He buscado revivir momentos de la vida nacional, en ciclos o personajes, que destacan etapas muy vivas de esperanza por su cercanía a la libertad. Con mis análisis he pretendido desenrañar lo que yo entiendo que quisieron decir poetas, novelistas y escritores de la más diversa índole, quienes estaban o han estado siempre en un nivel de justicia para el hombre. En mis ensayos he intentado situar las esperanzas, los júbilos y desfallecimientos de las gentes que me rodean. Quizás ese empeño puede justificar este homenaje.

Porque recorriendo mi vida con escrutadora mirada vigilante, no encuentro otro. Mi devoción por el lenguaje viene de las primeras enseñanzas, en unas bancas toscas, largas, de un guayaacán al cual le dieron un ligero pulimento, repasé las gramáticas de Bruño, de Emiliano Isaza, de don Andrés Bello. El primer maestro que en mi pueblo nos habló con unción del castellano, fue don Daniel Montoya, quien era todo un varón alto y delgado. Tenía delicadezas en el hablar, en los ademanes, en la manera de inducir a la pasión por las palabras. Aún lo veo con su frente amplia, escribiendo en el tablero lo que sigue para mí siendo un misterio: la división, por sílabas, de las palabras. Más tarde, don Antonio Alvarez, con unas manos que tenían fuertes las articulaciones de sus dedos, como los troncos de sus cafetos, una de cuyas ramas lo acompañaba, amenazante y convincente, nos descubrió, con su ruda y tosca estampa, toda la poesía que tenía el sumergirnos en el mundo de la lectura. Manuel María Córdoba llegó de Popayán, la culta, a civilizarnos en zonas de la sintaxis, apelando a los ejemplos que traía el libro de don Tomás Maya. Y hubo otros más, ya profesores de eruditas leyendas, que trataron de acercarnos a los misterios del alfabeto. He seguido siendo fiel a esas enseñanzas. Las recuerdo cada vez que me enfrento con los temas de la vida y de la muerte. Pero los aciertos que tenga mi obra, están en una mano que se esconde, pero que

con solidaridad amorosa, corrige mis imperfecciones. Ella me enseñó, con Octavio Paz, que "Quizás las cosas no son cosas, sino palabras, metáforas, palabras de otras cosas".

23 de abril de 1979.